

## Notas

# Fuera de La Ciudad



La crucifixión se realizó fuera de la ciudad. El Gólgota era un "Acuahualinca" fuera de los muros de Jerusalén. Volvía a suceder con la muerte lo que había sucedido con el Nacimiento en el Pesebre: el acontecimiento brotaba en el cinturón de miseria, en el exilio del orden establecido.

Durante siglos el cristianismo hizo el esfuerzo de meter dentro de la ciudad el acontecimiento escandaloso de la Cruz. El pueblo sencillo llegó a inventar costumbres que hoy nos desasosiegan: paralizaba la ciudad. Hasta que la ciudad se sacudió la molesta conmemoración. En realidad, un crucifijo —por mucha costumbre que se tenga de verlo— es un signo demasiado violento y lleno de incompatibilidades. Su desnudez lacerada es un grito: el grito de la pobreza...

Mejor cubrir ese grito. No pocos sacerdotes y obispos ayudan a los potentados a sacar fuera de Jerusalén, fuera de la ciudad, al que debe morir. Hay que velar, o por lo menos alejar ese grito.

La ejecución es suburbana, como el nacimiento fue campesino. Cosas poco importantes. Y no es que no crean. Creen. Pero...

¿Cuántos que creían en Cristo gritaban "¡crucifícale!"? ¿Cuántos hoy? —Porque se crucifica apenas falla la caridad. "Yo creo", dice el rico, pero negocio es negocio. Creo, pero calumnio, persigo al que no se me doblega, desnudo, aplasto a aquel que Cristo me dijo que era Cristo, al "otro", a mi semejante. Y ESE ES EL QUE ME JUZGARA.

La fe sin caridad nos debe dar terror. Ya Santiago nos advierte: "Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien, pero también los demonios lo creen y tiemblan...".

No en valde en la raíz de la Pasión está la venta. Un saquito con treinta monedas.

Y Judas era un amigo. La riqueza no necesita gran cantidad de monedas para segregar su veneno. Generalmente es por poco, muy poco dinero, que los hombres se destrozan. Un día de salario basta al algodonero para votar a favor de Barrabás y crucificar a Cristo que está a su servicio en su plantación. Dos meses de falta de pago y le arrebatas su casa al desesperado. Por dos o tres monedas vendemos a un amigo...

Este es el problema. Hemos acentuado la repulsión de la figura de Judas y ya no nos reconocemos en él. El no usó un pagaré ni un cheque y el saquito de monedas nos parece una cosa antigua simbólicamente repugnante. Era tan honorable y buen amigo que Cristo le incluyó entre los doce. No falló hasta que comenzó a ponerse de parte de la riqueza contra el pobre. Cuando Magdalena vació el vaso de perfume de nardo a los pies de Cristo, le pareció excesivo. ¿Cómo voy a aumentarle el sueldo a este hombre —diría hoy— si todo lo malgasta en guaro...?"

Ya en ese momento comienza a ser dios. (Ya eres juez. Tu dinero te eleva. Sólo tú eres justo en la justicia del dinero. Tú puedes dar y quitar. Un paso más y ya podrás quitar también la vida...).

Cuando nos preguntamos qué quería decir Cristo cuando beatificaba a los pobres, solemos hacer las de Pilatos cuando preguntó: "¿Qué es la Verdad?". —Retirarnos —retirar nuestro pensamiento— antes de que se nos dé contestación. Entonces nos basta tomar un aire romántico y estirar (con cuánta generosidad!) la mano con una moneda —a lo mejor una de las treinta monedas— y largársela al mendigo. Nos enternecemos con el mendigo.

Pero, como dice Daniélou, esta actitud "puede revelar una actitud mórbida con el envilecimiento, lo cual está en las antípodas de la actitud cristiana. Cristo tuvo horror de la miseria, como tuvo horror de la enfermedad y de la muerte. Nada falsea más su imagen que suponerle alguna complicidad con las fuerzas de destrucción. No desciende a la miseria si no es para arrancar al hombre de ella. No ama la miseria, sino al hombre miserable".

Pudiéramos enunciar la ley cristiana de la pobreza en dos movimientos: Frente al "otro" —si es pobre— mi ley es luchar por arrancarlo de la pobreza. Frente a "mí" —si soy rico (y también si soy pobre) mi ley es ser como pobre, en el sentido en que los bienes que obtengo no debo reservármelos, sino compartirlos.

En el rescate del "otro" no debo pensar solamente en el aspecto económico. El pobre es siempre un "oprimido". Mi lugar junto a él, está por tanto también, contra la opresión. La pobreza material es sólo un aspecto de los sufrimientos del pobre. Luchar por su causa, es luchar por su libertad.

En el rescate de mi "yo" el "ser como pobre" también significa libertad. "La pobreza evangélica —dice un autor— es libre, aún respecto a la pobreza. Consiste en ser libre respecto a todo, salvo a la voluntad de Dios". Por eso Daniélou observa que "el pecado contra la pobreza es la preocupación". La riqueza ocupa el corazón. Pre-ocupa, toma el lugar de TODO lo demás. Contra ella expone San Pablo, en frase lapidaria, la libertad de la pobreza cristiana: "Soy capaz de estar en abundancia y soy capaz de estar en la indigencia".